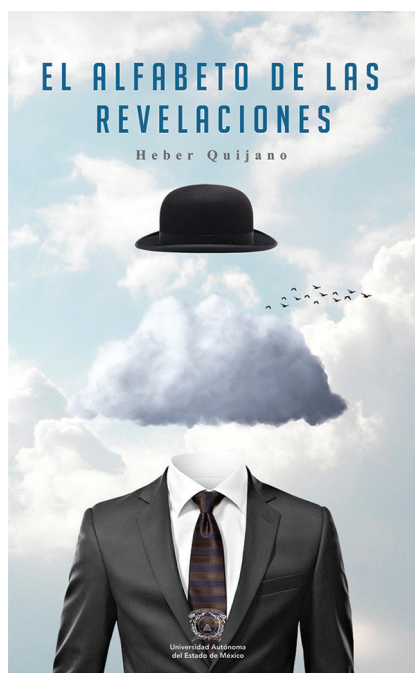


El ser oculto en la novela de Heber Quijano *El alfabeto de las revelaciones*

Tania Libertad Rodríguez-Peña



Heber Quijano, *El alfabeto de las revelaciones*, ISBN; 978-607-633-357-0, Toluca: Universidad Autónoma del Estado de México, 2021, 141 pp.

La invención de un arte sin influencia o inspiración de otro es prácticamente imposible. Aquel que se jactara de poseer la genialidad sin tener en su espíritu creativo la esencia previa de otro, e incluso de otros, sería como una especie de 'Gran Creador', la zarza en llamas del monte Sinaí. La intertextualidad es forzosa, los grandes genios han creado perfección teniendo en su cabeza notas, palabras y trazos de grandes titanes: Mozart en Chopin, Joyce en Del Paso, Dumas (hijo) en Verdi, por mencionar unos pocos, no así aminorando el talento en el arte resultante. La utópica serendipia que no se ha materializado es innecesaria.

En los lienzos de René Magritte es evidente la tinta surrealista de Lewis Carroll, la fantasía de un mundo donde unos ojos y boca pueden sostenerse en el espacio sin necesidad de rostro. Lo imposible en el mundo fáctico, la obra de arte lo hace palpable en la evocación. El personaje de Magritte, concibiendo al pintor y sus obras como un solo ser (la desaparición del artista como sujeto individual para convertirse en sus obras, como menciona Walter Benjamin), es el motivo de la novela *El alfabeto de las revelaciones*, de Heber Quijano.

Datos biográficos y pinturas icónicas del artista, como *Los amantes* (1928), se entrelazan en la novela para crear a un Magritte donde la muerte y las mujeres (la *vie bohème* que se aleja del burgués pintor que realmente fue) mueven los hilos de este personaje que lo llevarán al clímax de su existencia. A pesar de que Quijano se refiere a su obra como no biográfica, se observa una investigación minuciosa sobre el pintor, ya que en sus páginas se desarrollan los momentos cruciales que definieron a Magritte. Como pequeño ejemplo de esto podemos mencionar el primer beso del joven René en un cementerio con aquella que se tornará en su propia *pithos* de Pandora, Marie-Hélène. Es de notar cómo el amor y la muerte se fusionan en este apartado y dan un guiño del futuro perturbador de René. No es sorpresa que esta anécdota esté ligada con la decisión de ser artista. Durante su infancia, Magritte jugaba en la calle con una amiga cerca del cementerio cuando observó a un pintor trabajando en un cuadro, ese fue su llamado proverbial. Heber Quijano, convierte este momento de epifanía en la unión del amor y el sufrimiento, muy en la corriente del romanticismo decimonónico, que guiarán la vida y el trabajo artístico del pintor surrealista.

Magritte negó a lo largo de su vida la influencia del suicidio de su madre en sus creaciones, a pesar de lo evidente.

Quijano retoma este tema y lo convierte en un elemento que se repite con un recurso literario por excelencia: el reflejo. Esto no sucede al mostrarse la silueta del personaje en el nitrato de plata, sino que sensaciones, lugares y acciones lo ‘moldean’ y sirven para entender su psique. La impaciencia, la desnudez, el miedo, el placer, el beso, el río, todos son espejo. La aparición de la muerte, curiosamente, no comienza con su madre, sino con su primer amor, Marie-Hélène. El primer espejo será el beso en el cementerio, cuya consumación se alcanzará en el último: “El río es el espejo”, el destino de René, su Mr. Hyde, tendrá aquí su consumación.

El alfabeto de las revelaciones es una novela que puede verse y escucharse. Para entender el contexto y el mundo que envuelven a Magritte, la Bruselas de los años veinte y los personajes femeninos cercanos a él, el autor invoca los paisajes de Turner, los trazos de Lefebvre, Modigliani y Müller, los rostros y cuerpos de las esculturas de Claudel y San Martino, las respiraciones de sus amantes que van *in crescendo*, como una sinfonía sin especificar pero que podemos escuchar en nuestros adentros. Hay una detonación de los sentidos al evocar el arte dentro del arte de Heber Quijano. Como lectores, nos sumergimos en la maestría que conllevan estas creaciones y en la propia destreza del autor, que las utiliza como recursos descriptivos. Tener un acercamiento palpable, una imagen icónica, como la figura de *Clotho* de Camille Claudel, para entender la fisionomía de una de sus musas, logra dar una esencia certera a lo que el autor intenta comunicar del mundo de su creación.

A pesar de que he mencionado la muerte de la madre de Magritte como crucial, el episodio no presenta la intensidad que se haya en el resto de la novela. Con una redacción confusa y breve, el autor relata el acontecimiento sin llegar a la profundidad que uno esperaría al leer la pluma poética de Heber Quijano, sin embargo, cumple con su función explicativa y da pauta para comprender la situación por la que atraviesa el protagonista. El autor, consiente o inconscientemente, reivindica este descuido a lo largo de su obra al desarrollar a su personaje principal con detalle y polifonía.

Como era de esperarse de la pluma lírica de Quijano, Magritte recita belleza a la mujer que realmente ama durante su ensueño, palabras que ella no escucha pero que sonorizan los sentimientos del personaje y su oscuridad, una penumbra que no logrará silenciar y exigirá sacrificio para poder saciar el horror que nació con el suicidio. He aquí el mayor exponente de la dupla amor/muerte con la que lidia el protagonista, la agonía y obsesión de su madre sin rostro flotando en un río, la iconografía distintiva del pintor.

Quisiera puntualizar el momento en el que Magritte pronuncia lo que, en mi opinión, es la honesta y hermosa expresión de lo que realmente habita en su alma y psique (reflejado en los sentimientos por quien será su esposa, Georgette). Así como la propia construcción del personaje, turbio y en ningún momento nítido, el pintor decide exponer su esencia durante un momento de inconsciencia de su interlocutora. En este instante de honestidad, conserva su lobreguez, jugando así con el principio de claroscuro que observamos en él:

Dormida,

tu cuerpo navega por las aguas nocturnas con las velas
izadas por una brisa que sube de tu vientre y sopla como el
suspiro de una dama inocente que ata su pensamiento al
[vuelo
de los dientes de león.

Dormida,

juego a completar el rompecabezas de tu pensamiento con
las indescifrables runas que describen tus ojos al reverso de
[tus
párpados [...]

Dormida,

te emerge del pecho un súbito estertor que pretendo
confundir con la cauda de los cometas que sacudo en tus
adentros, para dejar una constelación de lunares [...]

Dormida, todavía me absorbe tu boca el aliento del centro

De mis huesos.

Dormida, Georgette, te admiro, el cansancio.

Dormida, eres un cielo limpio de pinceladas.

Dormida, sobre mi pecho.

Yo velaré tu sueño, amada.

Duerme, Georgy.

Antes de que te asfixien mis pesadillas (111-112).¹

El alfabeto de las revelaciones muestra las tinieblas que habitan en un artista (una oda al surrealismo de Magritte), la directa observación de la fragilidad del ser humano ante hechos que pueden llevarlo a convertirse en una criatura como la de Robert Louis Stevenson, ese ser perverso que todos guardamos en nuestros adentros, que

1 La cita corresponde a Quijano (2021), por lo cual solo se nota el número de página.

lucha contra la razón para no ser expuesto. La novela de Heber Quijano recrea el ambiente seductor y bohemio de los artistas europeos del siglo XX (podríamos nombrarlo, incluso, el mundo perpetuo), brinda un acercamiento al lado que carece de esplendor en el arte: aquello donde se pierde la belleza para sucumbir a la deformidad. Este último trabajo del autor demuestra la capacidad multifacética en su escritura, y exhibe lo que hay más allá de la poesía de Heber Quijano.

TANIA LIBERTAD RODRÍGUEZ PEÑA. Maestra en Humanidades: Estudios Literarios por la Facultad de Humanidades, Universidad Autónoma del Estado de México (UEM), México. Área del conocimiento: Estudios lingüísticos y literarios, además de traducciones literarias.

Recibido: 19 de diciembre de 2021

Aprobado: 1 de agosto de 2022